

34. Cómo y de qué medios se ha de valer el predicador para esta conmovión, lea la Lección XL, que es la última; pues ahora pasamos á tratar de las fuentes de invención, que son para obtener estos tres fines de la retórica eclesiástica. Después, del modo que estos materiales deben ordenarse; luego, del estilo, tropos y figuras que deben adornar el discurso; y por fin, el modo de expresarlo en el lenguaje oral y de acción. Por lo que dividiremos este *Compendio de Elocuencia* en cuatro Libros:

LIBRO I. INVENCION.

LIBRO II. DISPOSICION.

LIBRO III. ELOCUCION.

LIBRO IV. PRONUNCIACION.

LIBRO I.

INVENCION.

LECCIÓN IV.

Sus fuentes para instruir, deleitar, mover.

35. Como los fines de la retórica ya hemos dicho en la lección precedente que son *instruir, deleitar* y *conmover*, para que la predicación santa logre su objeto, necesariamente el sacerdote debe estar instruído, y poseer las fuentes de sabiduría que puedan suministrarle todos los debidos recursos para su elevado ministerio, y estar así preparado á cualquier evento: confirmar en la fe, saber defenderla, refutar los errores, é instruir al pueblo cristiano como lo quiere San Pablo: *Ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia: ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.* (II Tim. II, 4). De lo contrario podrían seguirse muchísimos males de sus inexactitudes, falta de precisión, vaguedades é ignorancia.

36. San Gregorio á los predicadores, sobre todo jóvenes, que sin la ciencia suficiente, y sin haber hecho el acopio necesario antes de repartir, ya pretenden lanzarse al púlpito, figurándose que son aptos, sin saber aún el fondo de lo que han de decir, los compara con los tiernos pajarillos que, queriendo remontar demasiado alto antes de tener alas bastante fuertes para sostenerse en el espacio, caen á tierra y se matan. Y los lastimosos resultados en el púlpito lo manifiestan bien cuando los jóvenes, presurosos antes de tiem-

po, sin la ciencia suficiente, han querido anunciar la divina palabra: discursos sin fondo, insustanciales; falta de vigor en las pruebas; no se encuentra método; fastidiosas repeticiones; frases sin sentido; figuras arrastradas como por fuerza y fuera de su lugar; en una palabra, falta de orden, claridad, solidez y fondo: no sucede así al orador instruído que, lleno de sabiduría, la misma plenitud de verdades le hace hablar de un modo el más espontáneo, natural, instructivo, sólido y muy bien ordenado.

37. Por lo que en nuestros días es muy conveniente que todo cuanto contribuye á hacer estimable y provechosa la predicación sea objeto de continuo estudio para el sacerdote, pues todos sabemos que bajo el especioso pretexto de progreso moderno se niega la fe, quiere la razón tener la preeminencia, y hasta se ha afirmado que ambas son incompatibles entre sí, lo que ha obligado á muchos católicos á escribir tratados especiales de la armonía de la razón con la fe, y que si bien ésta es superior, jamás pueden contradecirse. El error circula libremente por todo el mundo, los vicios todo lo han invadido, y el sacerdote debe hablar, debe instruir, debe reprender, debe predicar; Dios le ha dado esta misión: *Clama, ne ceses, quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum.* (Is. LVIII). *Prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* (II Thim. IV, 2). «Un sacerdote que no tiene más que la piedad, no ha tenido nunca más de media vocación. *Est lucerna ardens et non lucens,*» dice Dinouard en un Prefacio de Retórica; y á este propósito añade Pratmans en su *Camino del púlpito*: «El Salvador no solamente recomendó á los Apóstoles que rogaran, confesaran, celebraran la Santa Misa; mas también les dijo: «Id, predicad, anunciad mi ley á «todas las naciones. *Ite, docete.*» Un ministro no es sacerdote para sí mismo, mas para el público.» Mas para que los jóvenes se lancen á la predicación deben ir primero tanteando sus fuerzas, según las materias que han de tratar y los púlpitos que han de ocupar, estudiando, meditando, aprendiendo y llenándose del Espíritu Santo, para ir derramando después los raudales del agua viva en las sedientas muche-

dumbres, que así lo ha prometido Jesucristo: *Flumina de ventre ejus fluent aqua viva.* (Joan. VII, 38).

38. Vamos, pues, á dar una idea de los principales estudios necesarios al orador sagrado, *fuentes* principales de invención para poder intruir, deleitar y mover, y en donde encuentra toda clase de argumentos, pruebas y formas de expresión.

1.º **La Sagrada Escritura:** *Liber sacerdotalis*, como le llamaba San Ambrosio, tiene el primer lugar. El fondo de toda la predicación es la Sagrada Escritura, y sin su conocimiento no es posible que pueda desempeñarse debidamente esa sublime función de anunciar á los hombres la divina palabra, de cumplir el precepto de Nuestro Señor Jesucristo de anunciar la verdad por todo el mundo, ni de esperar los dones vinculados á la divina palabra, porque entonces sólo sería palabra de los hombres y no de Dios; pues la predicación no es más que la palabra de Dios explicada por sus ministros, y está destinada á alumbrar todas las inteligencias.

39. En todos tiempos ha sido este divino libro meditado, comentado, explicado y predicado. San Pablo fué su gran expositor, y una gloriosa pléyade de apologistas y comentadores siguieron sus pasos. Su lectura y meditación formaba las delicias de los Santos Padres, y el grande Agustín, entre otros, llenaba volúmenes comentándolo, como el Crisóstomo predicándolo, y el poderoso genio de esos ilustres varones lo ha llenado de mil atractivos, con los cuales se hace tan sabrosa y útil su lectura, sin cuya *lección constante, estudio continuo y meditación continua*, no es posible ser un verdadero predicador, que anuncia é intima á los pueblos la voluntad divina.

40. ¡Qué hermosas son estas líneas del Sr. Bravo! «La palabra de Dios, ha dicho, es la vida del alma para el predicador y para los fieles. Es alimento, manjar y bebida todo á la vez; es medicina y lenitivo, es mandato y consuelo de Dios; expresión casta y pura, según el Espíritu Santo, semejante al oro purificado en el crisol: regla de fe y de costumbres, dice San Agustín, cuya autoridad resplandece en todas las Iglesias; atractivo admirable y seguro de los ser-

mones; medio para mover, edificar y sentir; lenguaje del cielo; manantial inagotable de amor, de caridad, de doctrina y de elocuencia; guía segurísima para no perderse jamás en el cumplimiento del ministerio sacerdotal.» Esa palabra de Dios es de una fuerza admirable; ni todos los razonamientos ni discursos humanos son capaces de prestar al orador sagrado la fuerza, poder y autoridad que ella sólo le comunica. Ella sirve de base, robustece y confirma los discursos sagrados. El predicador al citar las Santas Escrituras debe hacerlo con todo respeto é íntimamente persuadido de su grande eficacia. «Tienen virtud como las reliquias,» alguien ha dicho; y toda la razón humana no llega, ni podrá llegar jamás á la admirable elevación de las Sagradas Escrituras, ni á la maravillosa fuerza de atracción que éstas tienen para rendir los corazones. Es el libro por excelencia de la predicación; y cuanto han dicho de sublime y grandioso, de patético y elocuente los Santos Padres, de esas fuentes divinas lo han sacado. No lo extrañemos: es la palabra de Dios; citémosla con fe, y hará prodigios.

41. Jamás de labio humano salió tanta dulzura; jamás mortal alguno pudo expresarse con tanta grandeza y sencillez; jamás torrentes de fluida y arrebatadora elocuencia brotaron como de los Libros Santos. Han reconocido esta patente verdad cuantos los han meditado y profundizado; del fondo de aquellas divinas páginas sale la luz reveladora y brillante que inflama el alma en el amor de su Divino Autor. «Tal vez alguno preguntará, dice San Agustín, si los escritores sagrados, además de enseñar la sabiduría fueron elocuentes: *Non solum nihil eis sapientius, verum etiam nihil eloquentius mihi videri potest*: No sólo no ha habido hombres más sabios que ellos, pero ni más elocuentes.» Y lo ha probado analizando varios pasajes de la Escritura. Y en el humilde Amós, el pastor de Tecua, encuentra pasajes de una elocuencia verdaderamente arrebatadora. «Y ¿qué extraño es que así sea, continúa el Santo Doctor, cuando fueron enviados aquellos escritores por el Autor mismo del ingenio y del talento? *Quos ille missit qui facit ingenia?*» «Enhorabuena que algunos libros sagrados, en especial el Nuevo Testamento, carezcan de elegancia, se exclama el

P. Martínez; los Santos lo reconocen, y explican el por qué ha debido suceder así; no obstante, place su misma sencillez, y, como dice San Jerónimo, en nuestros Libros Santos hasta la corteza brilla, mas lo que hay debajo es sobremanera dulce: *Nitet... in cortice, sed dulcius in medula est*. Lo grande y lo tierno, lo triste y lo vehemente, como lo patético, todo se encuentra en los Libros Santos; aunque, según San Agustín, se escribieron sin la intención de que fueran elocuentes; la grandeza misma de las cosas lleva consigo la elocuencia que, como servidora obligada, sin ser llamada va siguiendo inseparablemente: *Et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.*»

42. Y en efecto; ¡oh vosotros que estais de atalaya sobre los montes de Israel y servís de muro á la casa de Jacob, vosotros que empapais vuestra enardecida frente con el rocío del cielo y os inspirais en la voluntad del Altísimo; antes de descender al pueblo á intimarle sus preceptos, á hablarle de sus justicias, á ensalzar sus misericordias, abrid los Libros Santos; allí encontraréis todo esto; allí los rasgos patéticos; allí exhalaciones de amor, y cuanto sentimiento delicado puede derretir el corazón humano; allí el rayo vibrante que, estallando majestuoso de manos del Omnipotente, abre ancho surco en los espacios, y estremeciendo los desiertos y las vastas soledades, troncha y abate con estrépito los altos cedros del Líbano; allí el rigor de su justicia como abate á los soberbios, y el atractivo de su bondad como alienta á los pecadores y conforta á los justos. Aumenta el interés con su lectura. Allí los grandes y hermosos ejemplos que, amenizando la historia, excitan á la virtud. David resalta en la piedad; Moisés en la mansedumbre; Elías es todo fuego, y el paciente Job es el varón de dolores; jamás mortal alguno commensuró como él la inmensidad del dolor; por su fe, incomparable Abrahan, y con su heroísmo inflaman, enardecen los Macabeos; Ester encanta con su dulzura, y la invicta Judit hace admirar el poder de Dios, y los libros de los Jueces refieren y cantan las victorias de Jehová. El Génesis señala su origen al mundo; y los imperios, las naciones y la historia más antigua, tienen allí marcados sus

principios; Ruth, Job, Tobías y Amós resaltan por su sencillez; Isaías, Ezequiel, los Profetas son las trompetas de Dios que recuerdan sus juicios; Jeremías está llorando, y sus notas melancólicas caen sobre el corazón con inefable tristeza... ¡Libros Santos! yo os estrecho contra mi corazón, os pongo sobre mi cabeza, como el Borromeo, en señal de veneración.

43. ¡Qué rasgos! ¡qué excelencias! ¡cuántas bellezas! ¡Qué sublimidad de ideas; magnificencia de imágenes, descripciones tan magníficas de la Majestad de Dios, narraciones tan naturales, paisajes tan sorprendentes, tan vivos coloridos, pinturas tan exactas, giro tan elocuente de las frases, profundidad de ideas, elevación de pensamientos, armonía del corazón, vida del alma! esto encanta, arrebatada, es irresistible, ¡Dios mio, yo os doy gracias!... ¡Qué elocuencia tan sublime! toda clase de estilos, todo género de pruebas, comparaciones, sentimientos, imágenes, ejemplos, rasgos patéticos, cuanto puede realzar los sermones, todo allí se encuentra. Los Profetas reconvienen, los Santos oran, los Angeles cantan, los pecadores lloran, y toda la naturaleza revestida de la gloria de Dios canta sus grandezas desde el imperceptible átomo que se arrastra por la tierra hasta la estrella que brilla en las alturas. ¡Cuántas emociones! Amor, consuelo, esperanza, con la más noble sencillez de expresión; el Corazón abierto del Salvador de los hombres se encuentra en los Santos Evangelios; profundidad de ideas, todo el admirable plan de la Religión en las Epístolas de San Pablo. Todo el Nuevo Testamento respira aquel suave aroma de la caridad evangélica. Y en el Apocalipsis revela el Discípulo amado todos los acontecimientos de los últimos tiempos con toda la majestad de un Profeta. Todo esto es la Santa Escritura. Predicadores descuidados, oid; daremos cuenta á Dios de tantas bellezas despreciadas.

44. Los Salmos en particular contienen tanta belleza, poesía, riqueza de expresiones y delicadeza de sentimientos, que siempre han sido y serán para los hombres de inteligencia y corazón, un rico y puro manantial de inspiración la más sublime: el amor, dolor, tristeza santa, fuego sagrado, entusiasmo, suspiros del desterrado, ardientes lágrimas

al recuerdo de la amada Jerusalem. Eso es bellísimo, sublime; uno asiste arrobado á esa armonía sagrada del Salterio; allí se tocan suave y poderosamente todos los sentimientos del alma; con su inspirado plectro potente hiere todas las cuerdas del Kinnor hebreo el Santo Profeta. Los hay de una belleza y moción indecible, que hacen sentir al alma por grados toda clase de las más vivas emociones. En ellos bebieron grandes poetas la inspiración para sus composiciones. Y en ellos, como en los demás Santos Libros, debemos inspirarnos nosotros para la predicación. Bossuet antes de predicar enardecía su pecho leyendo un capítulo de Isaías. No pasaba semana sin que San Juan Crisóstomo dejara de leer las catorce Epístolas de San Pablo, y San Bernardo se hallaba tan lleno de toda la Sagrada Escritura, que todos sus sermones y escritos revelan este profundo conocimiento. Así lo ha de hacer el predicador; de este rico venero ha de tomar sus ideas: *Comede volumen istud, et vadens loquere filiis Israel*, dice el Señor á Ezequiel, cap. III, 1, sobre lo cual dice San Jerónimo: «Devorad, dice, este libro por medio de una asidua lectura; digeridlo por la meditación; hacédlo pasar como sustancia vuestra; de otro modo no vayais á predicar á mi pueblo: *Nisi autem comederemus volumen, docere non possumus.*»

45. Para manejar debidamente las Sagradas Escrituras se requiere: 1.º Estudiarlas con mucho respeto. 2.º Haber estudiado la Hermenéutica Sagrada, para que por medio de las reglas de verdadera y genuína interpretación que ofrece, pueda expositarse con más fruto. 3.º Al citarse en el púlpito debe hacerse con grande veneración y confianza, porque es tal su eficacia, que al repercutir su divina voz se derriban las murallas de Jericó, como en otro tiempo al eco de las trompetas sagradas.

46. ¿Qué predicador querrá, pues, privarse de aquella elocuencia varonil que engendra en el pecho apostólico el continuo estudio de los Libros Santos? ¿Dónde sino en ellos encontraremos á raudales aquella dulzura, aquella unción penetrante, aquellos rios de leche y miel tan necesarios para nuestro sagrado ministerio, para atraer las almas extraviadas á nuestro amantísimo Redentor? «¡Cuántos talentos

se pierden para la elocuencia del púlpito por carecer de este indispensable estudio!» se exclama Martínez. Otros muchos, dotados de bellas disposiciones, pronuncian discursos, que por su estilo elegante, por su lenguaje correcto, y aun por el mérito de los pensamientos, captarían justamente la atención de una Academia; sin embargo, pronunciados en la cátedra del Espíritu Santo son como una armonía que tan sólo recrea el oído, dejando fría el alma; sus palabras son bellas, pero no pasan de ser palabras del hombre; fáltales aquella vida esencial, aquella savia vivificante, aquel sabor celestial, aquella dulce emoción y aquella unción penetrante que sólo viene de Dios, que sólo se aprende en la Sagrada Escritura y que sólo se expresa en el lenguaje de los Libros Santos. ¡Bella estatua sin vida! ¿Quién le infundirá el soplo vivificador? Sólo la palabra de Dios. Hermosura fatua, privada del espíritu que todo lo anima y da ser á las cosas: el espíritu de Dios manifestado en su divina palabra. Vuestros discursos son bellos, pudiéramos decirles como San Jerónimo á Paulino; teneis buenos principios; ¡oh, lo que podríais ser dedicándoos al estudio de las Sagradas Escrituras! Si en vuestros discursos pudiéramos encarnar el estudio de esos libros, nada habría más bello y más docto, nada más dulce y sabroso: *Si haberes hoc fundamentum imo si quasi extrema manus operi tuo induceretur, nihil pulchrius, nihil doctius, nihil dulcius... tuis haberemus voluminibus.* «¡Oh! continuaba el Santo á Paulino, si á estos dones naturales de prudencia y elocuencia con que el Señor os ha enriquecido, se agregara el estudio y la inteligencia de la Sagrada Escritura, ¡qué pronto llegaríais á la cima de la elocuencia! *Huic prudentiæ et eloquentiæ si accederet vel studium vel intelligentia Scripturarum, viderem te brevi arcem tenere...*» Estudiemos, meditemos las Sagradas Escrituras, y entonces nos llenaremos de su celestial sabiduría, la manifestaremos á los hombres y cooperaremos á su eterna salvación.

47. 2.º Santos Padres. El estudio de ellos se sigue inmediatamente. Ellos son los intérpretes de las Sagradas Escrituras, y los grandes maestros por excelencia del púlpito. Para todo esto han recibido luces especiales de Dios. En la

Iglesia todo es antigüedad, brilla la tradición; y ellos, grandes lumbreras de la Iglesia, por su santidad y por su ciencia son los canales segurísimos de la tradición divina; pues algunas verdades reveladas no están, á lo menos de un modo explícito, en las Sagradas Escrituras, y por ellos se nos han transmitido. ¿Encontramos en los Libros Santos lugares difíciles de entender? *Accede ad sapientiozem, vade ad Doctorem;* dice San Crisóstomo. ¿Deseamos enriquecernos con los tesoros que se ocultan en las Santas Escrituras? *Post Scripturas sanctas, Doctorum hominum tractatus lege,* aconseja San Jerónimo. ¿Queremos conocer la doctrina tradicional? *Patres servare,* dijo San Anastasio. Todo esto en cuanto á la exposición de los Libros Santos; ¿qué diremos en cuanto al púlpito? En aquellos primeros siglos de la Iglesia, en que esta Esposa del Cordero se iba desarrollando combatida de violentas contradicciones, persecuciones y siempre teñida en sangre, aquellas columnas de la Iglesia, aquellos Padres y Doctores predicaban, escribían, disputaban; de donde en sus obras se encuentran toda clase de materias, diversidad de estilos, prodigiosa concepción de ideas, desde las más sencillas á las más sublimes. Los Padres griegos y latinos forman un monumento grandioso á la tradición, á la elocuencia cristiana, sin que la injuria de tantos siglos haya podido carcomirlo. Protestantes sabios habido de nuestros tiempos, que al consultarlo, no pudieron resistir á la verdad iluminadora que brotaba de sus páginas antiguas, y presurosos corrieron al seno de la Iglesia de sus mayores abandonado. Los grandes predicadores consultan los Santos Padres, y muchos en su escuela se formaron. Bossuet cita casi de continuo á Tertuliano y San Agustín. Massillon, Bourdaloue y otros sacan de los Padres grandes riquezas. Y por estudios comparativos de los buenos oradores, se ha observado que muchos planes, ideas y felices expresiones que usaron estos grandes oradores, lo sacaron, ó se inspiraron en los Santos Padres. Mas esto es digno de alabanza; impregnarnos de su doctrina, acostubrarnos á sus giros, á sus felices expresiones; beber con sus enseñanzas su misma santidad, su mismo celo, su mismo fervor apostólico por la defensa de la Iglesia; pues aunque distantes de

ellos por tantos siglos, estamos, sin embargo, llamados á predicar la misma doctrina que ellos predicaron. Inspirémonos, formémonos en las obras clásicas de los Santos Padres de la Iglesia, y entonces con su espíritu adquiriremos su elocuencia cristiana.

48. 3.º **Teología dogmática y moral.** Dice Pratomans, que «la ciencia de la teología es el fundamento esencial de toda buena predicación.» Así como la dogmática dirige el entendimiento para las cosas de fe, y nos aparta del error y la herejía, manifestándonos lo que hemos de creer, que son los dogmas; así la moral dirige el corazón para las virtudes, y nos aparta del vicio y del pecado, manifestándonos lo que hemos de practicar, que son las buenas obras. Si un predicador no tuviera la ciencia teológica, ¿cuántos disparates podría cometer! Entonces nada hay exacto; las ideas no son precisas ni claras; se abandona á extravíos de la imaginación; pone dudoso lo que es cierto, y cierto lo que es dudoso; confunde fácilmente el pecado venial con el mortal; asegura lo que es controvertible, y lo que es sólo opinión de Doctores lo sostiene como un dogma. Se atolondra su cabeza, y el auditorio nada saca en claro, se confunde, y es posible haya entendido mal sus deberes. El hombre sólidamente instruído es el único que puede hacer un discurso claro, exacto y abundante de doctrina que se fije en la mente de los oyentes y les haga comprender sus deberes. Si muchas veces sucede á buenos predicadores, que hay gentes, sobre todo del campo, que les entienden al revés de lo que dicen, ¿qué será en un predicador que no tenga á fondo la teología? Es menester saber á fondo las cosas para enseñarlas con claridad y exactitud. Los jóvenes si no tienen método en los estudios, fácilmente van desflorando las materias sin profundizar ninguna, recogiendo únicamente desorden y conocimientos muy superficiales. San Francisco de Sales, á fin de evitar semejante escollo, se aficionó á la *Suma* de Santo Tomás, á quien veneraba como el más grande de los Doctores y el más profundo de los teólogos; había dedicado cada día algunas horas á este predilecto estudio, y con su infatigable perseverancia la profundizó y se hizo sus principios tan familiares, que en todas circunstancias hacía

de ella una feliz aplicación. Conviene, en segundo lugar, en las instrucciones no hacer alarde de erudición ni ciencia, ni querer parecer docto, sino procurar que la enseñanza esté al alcance de todos, y con esto el ignorante comprende, el sabio se edifica, y todos quedan contentos. Los tres ramos mencionados de la ciencia eclesiástica, á saber: *Sagrada Escritura, Patrología y Teología*, son los tres principales auxiliares de la predicación evangélica.

49. 4.º **Historia eclesiástica.** Esta es muy necesaria al predicador en nuestros tiempos, pues muchísimos enemigos de la Religión, indiferentes en materia de fe, están en una ignorancia crasísima acerca de ella; no quieren ni pueden disputar en el campo teológico. Del mismo modo extraviados en lamentables aberraciones y en manifiestos desvarios de razón, llevados á tal extremo por el odio contra la Iglesia, por temor de quedar su orgullo humillado y vencido por la contundente lógica del sacerdote, no quieren tampoco disputas en el terreno filosófico; y según observamos, en sus disputas no tienen otro miserable recurso que parapetarse en el campo de la historia. Pero ¿qué historia? Plagada de errores. Allí pueden falsificar á su gusto; allí se restregan las manos de satisfacción, sobre todo retrocediendo siglos, amontonando ineptias ya muy gastadas de puro viejas y de tanto repetir las, echándolo todo á la mala parte, método que á las mil leguas ya descubre la falsedad de la causa que defienden; valiéndose de la mentira vil para poder atacar la Iglesia, calumniar los Papas, envilecer el sacerdocio, su sabia legislación, su prudente administración, pues en el terreno teológico y filosófico no les cuaja tan bien la mentira, ni se les presta tanto para su ignorancia y mala fe. «Mentir, mentir, repiten con Voltaire, que alguna cosa queda;» mas yo afirmo que ni esto se les cuaja bien si el sacerdote está bien instruído en la Historia eclesiástica. Haber manifestado esto basta para comprender cuánto es hoy de absoluta necesidad tal estudio para el predicador, para que sepa reponer las cosas y hechos históricos en su lugar, deshacer las mentiras y calumnias, y defender la Iglesia.

50. Por lo demás, el estudio de la Historia de la Iglesia es muy atractivo, y los hechos que gozan de verdadera

autenticidad son pruebas que en gran manera corroboran el discurso al mismo tiempo que lo amenizan. La historia eclesiástica es la gran maestra de los hijos de la Iglesia, y sus arcanos abren los tesoros del pasado y del presente, mientras que arrojan destellos luminosos en el seno del porvenir; ella nos enseña mucho mejor la Religión, su espíritu, su influencia, sus progresos, sus victorias, y nos llena de confianza; con la experiencia de tantos siglos nos demuestra triunfante la verdad católica, los sofismas refutados, las herejías vencidas, los enemigos burlados, las tramas que ellos urdieron, y las armas con que fueron derrotados. Esto instruye mucho, y presta nuevas armas y bríos á los defensores de la verdad, y les hace más diestros para el combate que la Iglesia ha de sostener contra el infierno hasta la consumación de los siglos. Esta preciosa historia está esmaltada con las vidas de los Santos, de los Mártires y Confesores, Sumos Pontífices y emperadores, cristianos fervorosos de todos tiempos; allí se admiran los Concilios, esas grandes asambleas de la Iglesia y sus sabias decisiones. Allí, en una palabra, se recorren las grandes etapas de la Iglesia, y se cantan sus epopeyas gloriosas. Ella siempre es oída con gusto, y sirve admirablemente para confirmar las verdades de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, haciéndolas comprensibles á todas las inteligencias de un modo muy duradero; pues la doctrina que va unida á hechos sensibles, se graba más profundamente en el espíritu y en el corazón.

51. 5.º A todo esto hay que añadir: *La ciencia de la vida espiritual: la filosofía cristiana*: pero especialmente la *lógica*, que es muy necesaria para la buena argumentación, instalación de pruebas y refutación de sofismas, y después la *sana literatura*.

52. 6.º En cuanto á la *literatura profana*, y singularmente autores paganos, no haré sino repetir lo que dice un esclarecido autor, el Sr. Bravo: «Hay que usar de gran prudencia con ellos, y sólo por pura necesidad, pues los ricos tesoros de ciencia eclesiástica que acabamos de manifestar arriba, ocupan la vida más larga del sacerdote, aunque viviera centenares de años. Y es de notar la estrechí-

sima cuenta que dará á Dios el sacerdote que dice no tiene tiempo para leer la Sagrada Escritura, Santos Padres y perfeccionarse en los estudios propios de su santo ministerio, y sin embargo, tiene tiempo para leer periódicos inútiles, folletos sin substancia y otros pasatiempos mundanos, como los seglares, que cuando menos le hacen malgastar un tiempo el más precioso, que bien aprovechado le introduciría más y más en los tesoros de la ciencia divina, y le haría sobresaliente en los asuntos eclesiásticos. Estos son los más necesarios para el predicador, y á éstos ha de tener su principal afición, como á cosa tan propia de su ministerio sacerdotal. *Quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Mario? cum Apostolo Cicero?* decia San Jerónimo después del terrible castigo que sufrió por su excesiva afición á los clásicos del paganismo.» Y hagamos notar de paso que hoy en gran parte la imprenta está saturada de paganismo y... algo peor.

53. Estas son las *fuentes de invención* á donde ha de acudir el predicador para hallar las pruebas ó argumentos. Son inagotables veneros, que si los sabe profundizar le suministrarán tesoros y recursos tales de sabiduría, que fluyendo ésta suavemente de sus labios en ricos manantiales, convertirá en deliciosos y floridos campos los yermos y agostadas campiñas.

54. Los antiguos hicieron mucho caso de los *lugares comunes* ó *tópicos*, y no hay duda que mostraron afición decidida cuando tan prolijamente hicieron largos tratados sobre ellos, para que les ayudasen á la memoria y fijaran su atención cuando componían, y encontrasen toda clase de pruebas, según su método favorito: hoy este gusto ha cambiado, y hasta disgustaría si se notara demasiado tal artificio. «Quédense los lugares comunes, dice el P. Sánchez, para aquellos predicadores adocenados, que por carecer de genio, de ciencia, ó por perezosos en demasía para el estudio, tienen que recurrir á esos medios de invención para tratar alguna materia.» Y el P. Martínez, sobre estos lugares comunes, dice también que «tal estudio producirá más molestia que utilidad.» Sin embargo, no hay duda que son verdaderas *fuentes de invención*, cuyo estudio si alguno lo